



NOA XIREAU

EL
CUENTO
DEL

Lobo

CUENTOS Y SECRETOS II

Capítulo 1

Tras un vistazo a la vieja casa palacio, de la que salía y entraba gente charlando y riendo animada, Belén apagó el motor del coche, se frotó las manos húmedas contra los vaqueros y bajó el cierre centralizado como medida de seguridad.

A pesar de estar en pleno casco histórico, los formidables caserones antiguos hacían que la estrecha calle de adoquines pareciera oscura y tenebrosa. Había tenido suerte de localizar uno de los escasos aparcamientos disponibles y de haberse salvado de tener que recorrer aquellas calles casi desérticas a solas. Conociéndose, habría sido incapaz de andar más de dos metros sin estar comprobando por encima del hombro si alguien la perseguía o la acechaba desde las sombras. Incluso ahora, su piel le picaba como si ojos invisibles estuvieran clavándose en ella.

Su miedo frenético a la oscuridad le venía desde la infancia, aunque desde el secuestro todo había empeorado. No tenía lógica que fuera así. Cualquiera diría que convivir con aquellos seres sobrenaturales, que no deberían existir fuera de su imaginación, la habría hecho más fuerte y valiente, pero eso no era lo que había ocurrido. Ahora conocía a ciencia cierta que esas criaturas de la noche y monstruos existían y eso convertía sus miedos y pesadillas en mucho más reales.

Se abrazó y su mirada se enfocó en el antiguo convento que se encontraba a poco más de setenta metros calle arriba. Nada en el imponente pórtico de su iglesia o de las esculturas religiosas de la majestuosa fachada dejaba adivinar que tras aquellos gruesos y fríos muros se ocultaba un orfanato, ni siquiera un triste letrero.

Por mucho que intentó redirigir sus pensamientos, no pudo resistirse al magnetismo que las grisáceas paredes de piedra ejercían sobre

ella. Bastó una sola ojeada para lanzarla de regreso a un pasado lleno de memorias que hubiera preferido dejar guardadas donde estaban. Recordarse que habían pasado años de aquello y que ya no era la chiquilla desamparada que había sido entonces, no la ayudó demasiado cuando ya de por sí sus manos temblaban y su estómago no paraba de retorcerse por la tensión.

Con las piedras cubiertas por manchas de moho y contaminación, que a la luz de la luna parecían seres oscuros adueñándose del orfanato con la intención de devorarlo, casi prefería entrar a la animada casa palacio que, aun al poseer el mismo halo fantasmal y tenebroso característico de las construcciones herméticas y austeras del renacimiento, tenía su portón de madera abierto, dejando escapar la luz y la estruendosa música moderna.

Devolvió su atención a la fiesta. Podría haber confundido el edificio con una discoteca de lujo o

un local de marcha si tenía presente que los que salían o entraban eran personas de entre veinte a cuarenta años con vasos de plástico en las manos; sin embargo, resultaba bastante llamativo que todas fueran vestidas de negro.

Un hormiguo frío le recorrió la espalda cuando una pareja pasó por el costado del coche y se fijó en el extraño símbolo que llevaban tatuados en el cuello. Como si le hubiera leído la mente, el hombre giró su rostro hacia ella con ojos llenos de una incómoda intensidad.

De forma automática, Belén alargó la mano y comprobó que la llave del coche seguía metida en el contacto, lista para arrancar en caso necesario. También revisó todas sus barreras mentales confirmando que se mantenían en su sitio, tal y como había aprendido durante su estancia en la otra dimensión. Que ya no estuviera allí no significaba que no pudiera toparse con humanos con capacidades telepáticas y, ahora que sabía

cómo protegerse, prefería usar sus nuevas habilidades.

Al fijarse en la gente, que charlaba bajo el haz de luz de una despintada farola, se forzó a relajarse. Lo más probable era que estuviera autosugestionándose. Se encontraba en el mundo real, el mundo en el que existían ladrones y sinvergüenzas con los que tener cuidado, pero no seres sacados de cuentos de terror. ¿Quién era ese que afirmaba que la explicación más sencilla solía ser la más correcta? ¿Ockham u Ofram? No tenía ni idea, ni tampoco era como si importara el nombre. La cuestión era que estaba dejando que su fantasía le jugara una mala pasada. Resultaba más lógico suponer que todas aquellas personas se hubieran vestido así por casualidad o que estuviera celebrándose una fiesta temática con una etiqueta específica, a cualquiera de sus teorías conspiratorias en las que seres de la noche planificaban secuestrarla y devolverla a la otra

dimensión con la intención de abandonarla allí como una esclava. Soltó una carcajada seca y sacudió la cabeza. Sus razonamientos sonaban ridículos incluso para sus propios oídos.

—Uno de estos días vas a tener que revisar si tu psicólogo aún tiene la consulta —bufó relajándose contra el reposacabezas.

Lo cierto era que si Irene la hubiera avisado, se habría adaptado a la etiqueta del evento, de hecho, habría sido un detalle por su parte decirle que iba a celebrarse una velada con invitados en lugar de la reunión privada que había esperado.

Con su camiseta de tirantes verde brillante y sus vaqueros iba a destacar como una mariposa multicolor en un nido de cucarachas. Sí había acertado al decidirse por los zapatos de tacón. Con las deportivas resultaba más fácil y rápido salir pitando si las circunstancias lo requerían, aunque no existía ningún arma más sofisticada y disimulada que unos puntiagudos tacones de seis centímetros

con el fin de sentirse segura; o, al menos, un poco más segura, se corrigió en cuanto consideró el valor de lo que llevaba en su bolso.

¿Y dónde demonios estaba Irene de todos modos? Echó un vistazo a los números rojos en la pantalla del salpicadero, donde comprobó que ya llegaba con una buena media hora de retraso.

No le hacía gracia estar sentada en el coche a solas. Encontrarse en aquella barriada llena de malos recuerdos ya le había puesto la piel de gallina, pero que encima fuera casi de madrugada y que la hebilla de su bandolera estuviera a punto de reventar por la cantidad de joyas que había metido a presión, lo empeoraba. No solo existía la posibilidad de que pasara cualquier chorizo de tres al cuarto y que le arrebatara el sueño de su vida, sino que de la fiesta salían muchos más borrachos de lo que resultaba sano para su tranquilidad. ¿Y si alguno de esos típicos capullos engreídos, que aún vivían en los mundos de Yupi y pensaban que todas

las mujeres que están solas de noche quieren que les den caña, se fijaba en ella y se acercaba al coche buscando jaleo?

Abrió el cajoncito del cenicero para comprobar que allí seguía la llave larga del trastero; podría servirle para sacarle un ojo al más valiente de los valientes si resultaba necesario. Se masajeó el hombro con una mano. Sí, sería capaz de defenderse en caso de urgencia, pese a que el problema real era que no podía permitirse el riesgo de que nadie descubriera lo que llevaba encima, ya fuera por casualidad o por accidente. Hizo una mueca al imaginarse a la policía descubriéndola con todas aquellas joyas y piedras preciosas encima. ¿Cómo iba a explicarles de dónde habían salido? Era capaz de imaginarse la situación:

—Las tengo de una dimensión alternativa a la que me llevó secuestrada una niña reina, que resulta que es una bruja, y que me regaló como esclava sexual a un aristócrata vampiro. Sé que

suena increíble, señor agente, sin embargo, es verdad, existen dimensiones que parecen sacadas de cuentos más allá de esta realidad.

—¿Y en esas dimensiones las joyas crecen en los árboles ya montadas?

—¡No, claro que no, señor agente! Un duque déspota me las regaló a cambio de...

Belén soltó un resoplido ante sus ridículas cavilaciones. Quedaba constatado que era preferible que no la cogieran. Nadie la creería, ni ella se encontraba preparada para enfrentarse de nuevo a los recuerdos de las cosas que había hecho.

Tocó la bandolera que descansaba en su regazo. Sentir el peso y los duros bultos a través de la piel sintética la calmaba. En cuanto se deshiciera de su botín, pondría en marcha la primera parte de su proyecto. Por lo que le había contado Irene, esos ricachones estaban obsesionados con las gemas y tenían dinero para dar y regalar. Probablemente

también podría largarles el resto de las joyas que aún mantenía escondidas a buen recaudo, o conocían a alguien que pudiera estar interesado.

Intentó ignorar la tristeza que le causaba tener que desprenderse de las joyas. Le encantaban las gemas y no era algo que fuera asociado a su valor económico. Las adoraba por su belleza, por cómo la luz se reflejaba en ellas haciéndolas brillar y cambiar sus colores, por la suavidad de sus superficies y por las sensaciones que despertaban en ella al llevarlas o tocarlas. Donde otras personas percibían poco más que un material inerte, ella las experimentaba como criaturas vivas que pulsaban con energías y emociones; además, al menos no le provocaban estornudos como el jazmín o los crisantemos. Lo que ya era motivo más que suficiente para que prefiriera una piedra hermosa a mil flores estúpidas que solo acababan por marchitarse y apestar.

«¿Y es solo por eso? ¡Mentirosa!». Belén retuvo las lágrimas, que le quemaron en los ojos. ¿A quién pretendía engañar? Vender las joyas tenía un significado mucho más profundo. Implicaba olvidarse de la otra dimensión, de Cael, de la parte desconocida que había despertado en ella y de todo lo que fue capaz de hacer a cambio de conseguir aquellas joyas. Aunque le costara olvidarlo, era lo mejor. No quería seguir recordando a cada oportunidad cómo llegó a venderse por ellas, cómo usó su cuerpo para seducir a Cael y sacarle más y más. No es que eso fuera totalmente cierto, ese chupasangre habría conseguido que ella se acostara con él con o sin sobornos, pero el cobrarle por ello la hacía sentir menos como una esclava y más como una mujer con poder y capacidad de decisión, aunque fuera poco más que una quimera que ella misma se había montado.

El maldito déspota cabrón había conseguido que lo necesitara como jamás había necesitado a

nadie y le había hecho hacer cosas que... «¡Olvídalo! No empieces a recordar las cosas que hiciste con ese perverso. Se acabó. Él te compró y tú te vendiste, esa es la realidad. Te trató como una esclava y te convirtió en su puta particular. Fue eso y nada más que eso».

Apretó el colgante rojo sangre que llevaba colgado del cuello con tal fuerza que su palma dolió. ¡Se terminó el acordarse de Cael y permitir que siguiera rondando por sus sueños cada noche! Había acertado al fugarse con Laura y, en cuanto consiguiera cumplir sus planes, los sacrificios habrían valido la pena y podría largarse de allí. Hoy iba a marcar un antes y un después, su vida entera iba a cambiar de rumbo en cuanto consiguiera el dinero que necesitaba.

La musiquita de Harry Potter la devolvió al presente. Entornó los ojos y cogió el móvil. ¿En qué había pensado al elegir ese tono de llamada? Claro que no había esperado el efecto que tendría oírlo

en una situación como aquella. Mañana la cambiaría sin falta. Le echó un vistazo a la notificación de WhatsApp en la pantalla.

«Laura: ¿Todo bien por ahí?».

«Belén: Sí, esperando que venga mi amiga».

«Laura: Aún puedo ir si me necesitas. Es cuestión de que me pases tus coordenadas».

Belén no pudo evitar una mueca. Laura parecía haberle cogido el gusto al don con el que la había obsequiado Neva. Se alegraba por ella, tanto como la envidiaba. Poder cerrar los párpados y aparecer donde quisieras debía de ser la caña. ¡La de vacaciones y lugares que habría visitado ya si tuviera esa capacidad! Sin embargo, Laura era Laura y para ella lo práctico y responsable siempre iba primero.

«Belén: Gracias, por ahora estoy bien. Si ocurriera algo, te aviso».

«Laura: Estaré pendiente por si me necesitas».

Belén sonrió y meneó la cabeza. Seguía sin acostumbrarse a la idea de que la delicada y tímida chica rubia, que había engañado a todo el mundo con su apariencia retraída y vulnerable, tuviera una formación militar. Aún hoy, seguiría sin creérselo si no lo hubiera presenciado de primera mano durante su escapada de la otra dimensión.

«Belén: Gracias, pero no te preocupes, todo va bien».

«Laura: Deberías darme tus coordenadas por si acaso. Nunca se sabe qué puede ocurrir».

Un golpeteo enérgico en la ventana del coche le provocó un respingo asustado. Belén soltó el aire por la boca al descubrir a la mujer con el pelo teñido de azul eléctrico mirándola expectante desde afuera.

«¡Maldita sea, Irene! ¿No podías llamarme la atención de una manera un poco más sutil?».

Bajó la ventanilla y frunció los labios al notar que iba vestida de negro de los pies a la cabeza.

—¿Tienes idea del susto que me has dado?!
¿Pretendías provocarme un ataque al corazón y dejarme en el sitio?

—Eres la única a la que se le ocurre quedarse absorta en el coche a estas horas en un barrio como este. Parece hasta mentira que seas tan loca —carcajeó la mujer—. Sabes de sobras que a los cacos les encanta atracar a turistas despistados por esta zona.

—La que habla —se mofó Belén—. Creo que eres tú la que me ha contado que viene a menudo por aquí.

La sonrisa de Irene flaqueó por un segundo.

—Estoy tan asqueada del orfanato y del barrio como tú, ya te expliqué que me une un vínculo con los dueños del palacio que no me permite alejarme.

Belén asintió con un suspiro.

—Sí, lo sé. Sigo envidiándote todas aquellas tabletas de chocolate que traías de contrabando. —bromeó con un guiño para quitarle hierro al asunto.

Mencionar a los dueños siempre conseguía que la conversación se tornase tirante.

—¡Si las compartía contigo! —replicó Irene con un fingido tono ofendido.

—Conmigo y con tres más —bufó Belén—. Además, te conozco. Me apuesto una invitación al cine a que antes de compartir ya te habías zampado una a solas.

Irene le sacó la lengua.

—No te quejes. Éramos afortunadas.

Sí, eso era cierto. O, al menos, ella e Irene lo habían sido. Consiguieron disfrutar de chocolate y chucherías de tanto en tanto y habían logrado sobrevivir a aquel maldito orfanato. Sus amigas Carmen y Lucía no habían tenido la misma suerte. La primera murió de una enfermedad de la que nunca llegaron a conocer el nombre y la segunda desapareció sin más. En el fondo, ella había sido la única afortunada de las cuatro porque, además de seguir viva, tampoco había tenido que pagar el

precio que con toda probabilidad Irene sí hizo por aquellas golosinas. Se trataba de un tema del que nunca habían hablado y que, con toda certeza, nunca harían. Lo único que desencajaba en aquellas sospechas era que Irene, después de quince años, seguía acudiendo a esa adusta casa palacio y seguía en contacto con los dueños. ¿Tendría algún tipo de problema psicológico para romper con ellos? ¿O eran ellos los que la tenían tan manipulada que no la dejaban alejarse? Tal vez hoy fuese el día en el que por fin averiguara por qué Irene, ni aun después de que huyeran juntas del orfanato dos meses antes de su mayoría de edad, no llegó nunca a romper los lazos con los dueños de la casa palacio.

—¿Por qué te has quedado de repente tan seria?

—Carmen y Lucía —mencionó Belén con una sonrisa triste.

No necesitó explicarse. La diversión también desapareció del rostro de su compañera al

contemplar el viejo orfanato. Visto a la luz de la luna, parecía incluso más tenebroso de lo que recordaba y, por experiencia propia, le constaba que por dentro la impresión solo empeoraba.

—Lucía era tan cariñosa, estoy convencida de que habría sido una mujer maravillosa. Ni siquiera nos dejaron volver a mencionar su nombre — musitó Irene.

—Quién sabe. Quizás murió o la vendieron. No fue la única que desapareció sin más.

—Puede que las adoptaran o que consiguiera escapar. Era la esperanza de todas nosotras — murmuró Irene.

Belén cabeceó.

—¿Cuándo presenciaste tú que llegara alguna familia a visitar a los que estábamos allí?

Irene cruzó los brazos sobre el pecho y alzó la barbilla.

—Bueno, admite que habría estado feo que nos ordenaran en fila con la intención de

inspeccionarnos como si fuéramos animales en venta, o que nos hubieran dado ilusiones para que después el afortunado fuera otro.

—¿Y llegaste a oír a alguna de las chicas del orfanato contar que había conocido a sus padres adoptivos o a una familia que la quisiera adoptar? —se mofó Belén.

Era duro admitirlo, sin embargo, esa era la realidad en la que habían vivido y se negaba a olvidarla, igual que se resistía a abrigar la esperanza de que los chiquillos que seguían en la actualidad en el orfanato pudieran estar mucho mejor de lo que ellas habían estado.

—Lo principal es que ya está cerrado — protestó Irene frotándose los brazos.

Belén estuvo a punto de contradecirla, aunque consiguió reprimirse en el último segundo. Irene no necesitaba averiguar que veinte niños seguían allí encerrados y que no estaban acogidos legalmente o, al menos, no de modo oficial. Ya era más que

suficiente que ella tuviera pesadillas al respecto, no hacía falta que también Irene las sufriera o que sintiera la impotencia de no poder hacer nada. Ni siquiera las denuncias le habían servido por el momento. No tenía medios de demostrar que los pequeños se hallaban allí secuestrados. Se trataba de la Iglesia y pocas personas corrían el riesgo de enfrentarse a ella.

Las dos permanecieron en silencio hasta que Belén acabó por sacudir la cabeza.

—Vamos. Quiero acabar con esto y largarme de aquí. Los recuerdos me están empezando a provocar náuseas.

Al bajarse del coche, a Belén se le puso la piel de gallina y dudó si ponerse su chaqueta vaquera. Hacía fresco, pero en cuanto entraran a la casa palacio y se mezclaran con el gentío era muy posible que acabara pasando calor. Lo que la llevó a hacerse otra pregunta. ¿Los dueños iban a recibirla delante de tantos invitados? Esperaba que no. No pensaba

sacar las joyas ante testigos. Su desesperación por venderlas no llegaba a tanto. Terminar la noche rajada y desangrándose en alguno de los callejones oscuros que abundaban por aquella barriada no se encontraba entre sus planes.

Al final decidió dejar la chaqueta en el coche para que no le estorbara y se colocó la bandolera cruzada sobre el hombro, apretujando el móvil como pudo en el bolsillo lateral. Antes de seguir a Irene le echó un último vistazo inseguro a la puerta iluminada. Tenía un extraño nudo en el estómago y un mal presentimiento. Si no hubiera tenido un motivo muy poderoso para entrar se habría largado sin dudarlo.

—De acuerdo, vamos.

Irene rio.

—Deberías verte la cara, parece que vas camino del patíbulo.

Belén intentó sonreír.

—Más como si fuera a la morada del doctor Frankenstein —bromeó con debilidad.

—Querrás decir Drácula, ¿no? —se burló Irene, si bien la diversión no llegó a sus ojos azules.

«Si Drácula pertenece a la familia de Cael, te aseguro que no es miedo lo que sentirías al acceder a su casa», pensó Belén, aunque se conformó con poner una mueca.

Articuló una sarta de tacos al resbalarse en un adoquín irregular y doblarse el tobillo. ¡Mierda! Después de todo, las deportivas quizás habrían sido mejor idea. Apretando los labios, procuró mantener la vista sobre las piedras para comprobar dónde pisaba. Apenas habían avanzado unos pasos cuando a través del rabillo del ojo detectó una mancha blanquecina en la penumbra de un portal, al alzar la cabeza, la sangre se le congeló en las venas.

—¡Neva!

—¿Qué? —Irene se giró confundida hacia ella.

—¡No, nada! —balbuceó Belén procurando no fijarse en la niña con el cabello dorado que las vigilaba desde las sombras—. Date prisa, tengo frío —le insistió a Irene cogiéndola del brazo y acelerando el paso todo lo que pudo sin partirse un tobillo.

No estaba preparada para hablarle de Neva, ni de lo que le había pasado por culpa de esa criatura maléfica; tampoco tenía intención de arriesgarse a que la dichosa bruja la llevara de regreso a la otra dimensión. Si al salir aún seguía allí, ya vería qué hacer con ella; por el momento, estaría segura mezclándose con el gentío de la fiesta.

Al pisar la zona iluminada echó un último vistazo al portal en el que había visto a Neva. La niña seguía contemplándola con una extraña seriedad. Belén le mantuvo la mirada, a pesar de que no pudo evitar que se le erizara el vello de nuca y brazos. No creía que fuera casualidad que estuviera allí

Noa Xireau

y eso solo podía significar una cosa:
problemas.

Nada bueno ocurría nunca en presencia de esa
criatura.

Capítulo 2

En cuanto atravesaron el elegante patio de entrada y pusieron un pie en la casa, a Belén le entraron ganas de salir disparada de regreso a la calle para respirar aire fresco. Incluso la amplia escalinata del vestíbulo se hallaba repleta de gente charlando en grupos. Odiaba las aglomeraciones, en especial si se encontraba en lugares cerrados. Se tensaba tanto que desde su espalda comenzaba a irradiar un punzante dolor que la obligaba a estirarse y arquearse disimuladamente. Sujetó su bolso para cerciorarse de que se mantenía cerrado al seguir a Irene, quien les abría paso a través de pasillos, patios interiores y estancias repletas de invitados.

Era consciente del repentino silencio que se producía a su paso, de los ojos que la seguían y la forma en que sus dueños apartaban los rostros apresurados en cuanto ella se giraba, como si los

hubiera pescado cometiendo algún delito. Era más que probable que fuera de nuevo su imaginación la que le estuviera jugando una mala pasada, pero ¿quién la podía culpar si aquello parecía un funeral con tanto negro por todas partes?

En condiciones normales, habría disfrutado de la hermosa arquitectura de arcos y columnas de los patios, o de las fuentes cuyo sonido de agua al caer, por desgracia, quedaba ahogado bajo los murmullos de las charlas y discusiones que se producían por doquier; o quizás habría bromeado con Irene acerca de las maderas hundidas que notaba bajo las gruesas alfombras y el ambiente de otra época, casi fantasmal, que traía a su mente el mobiliario victoriano. No obstante, todas aquellas miradas furtivas la tenían de los nervios.

Estaba acostumbrada a llamar la atención y, en general, no le habría afectado ese interés. Era raro encontrar un cabello rojo cobrizo como el de ella. Poca gente pasaba a su lado sin dedicarle un

vistazo. Solían preguntarle si era natural o teñido y era frecuente que le echaran algún piropo. Aun así, las ojeadas disimuladas que le dirigían en aquella situación tenían un matiz diferente. No se reflejaba admiración en ellas, sino más bien una expresión de curiosidad morbosa mezclada con... No alcanzaba a interpretar el qué. Le recordaba a algo, si bien era incapaz de definirlo. ¿No era así también cómo la habían inspeccionado aquellas primeras veces que la habían obligado a asistir a las fiestas del palacio de los chupasangres como esclava? Descartó la idea de inmediato. Ya no se hallaba en la corte de aquellos monstruos, ni era la esclava de nadie.

Se paró, soltó cinco estornudos seguidos que le anunciaron que debía haber algún jazmín cerca y se apresuró a alcanzar a Irene, que había seguido su camino sin mirar atrás.

¿Se habría difundido la noticia acerca de las joyas que llevaba? Esperaba que no, cruzó los dedos para que el motivo fuera que el colorido de su ropa

destacaba entre tanta tristeza y lobreguez; la preocupación no desapareció, como tampoco lo hizo la sequedad de su boca, donde la lengua parecía estar fundiéndose con el paladar. Había entendido que la transacción se haría de manera privada y que el acuerdo al que llegaran sería confidencial; si los dueños resultaban ser tan excéntricos como para querer hacerlo en público, se habían equivocado de persona. Ella no podía permitirse el lujo de que corrieran rumores relacionadas con aquellas joyas y no pensaba arriesgarse al respecto, aunque eso supusiera tener que mentir diciéndoles que esta primera visita iba destinada a conocerlos y averiguar sus intereses y gustos.

Intentó calmar su temblor interno. La simple idea de tener que marcharse sin el dinero consiguió que sus ánimos cayeran a ras del suelo. Había albergado tantas esperanzas de que esa madrugada

cambiaría su vida, que no tenía ni idea de qué haría si salía mal.

Procuró mantenerse pegada a Irene e ignoró a la muchedumbre como si no fuera consciente de la atención que despertaba, pero no pudo evitar el rígido agarre que mantenía sobre la bandolera, ni que sus dedos se aferraran alrededor de la hebilla.

Al llegar a un espacioso salón que parecía ser el centro de la fiesta, Irene se giró hacia ella.

—¿Te importa esperarme aquí mientras voy en busca de los dueños?

«¡Por supuesto que me importa! Parezco una luciérnaga en una cueva llena de murciélagos hambrientos. Todos están pendientes de mí y no conozco a nadie». Belén tragó saliva y se limitó a forzar una sonrisa.

—Claro, ni que fuera a devorarme el lobo feroz.
—Arqueó las cejas al tiempo que se preguntaba, con una sensación amarga en el estómago, cómo era posible que Irene la conociera tan poco después

de la cantidad de años que habían compartido juntas.

La mujer pareció titubear, como si hubiera cambiado de opinión, pero terminó cabeceando.

—No tardaré.

En cuanto la llamativa cabellera azul de su amiga desapareció entre el tumulto, Belén se buscó un rincón tranquilo desde el que echar un vistazo a su alrededor. Aparte del número de asistentes y su indumentaria, la fiesta no era ninguna cosa del otro mundo, de hecho, ni siquiera había camareros, ni decoración, solo una mesa larga en la que cada cual se servía lo que quería; parecía una celebración demasiado moderna e informal para una mansión tan antigua, cuyo mobiliario resultaba hasta rancio y tenebroso de lo viejo que era.

Se frotó los brazos bajo la altiva mirada del austero caballero que la observaba con ojos fijos y acusatorios desde un cuadro antiguo. ¿Quién tenía ese tipo de pinturas en las estancias principales de

sus casas? ¡Por Dios! ¡Si ella viviera allí sería incapaz de pasar por aquella habitación de noche a no ser que fuera acompañada! Giró la cabeza y trató de ignorar la desagradable sensación que le producía, la cosa no mejoró al encontrarse con muchos más ojos, no menos intimidantes, a su alrededor.

Con la boca reseca y cada vez más consciente de cómo la acechaban, decidió dirigirse a la mesa de las bebidas y de paso inspeccionar el resto de la habitación tratando de pasar lo más desapercibida posible. Al llegar a su destino, no se lo pensó mucho y cogió un vaso de plástico para echarse un poco de ponche de la enorme fuente de cristal.

—Te aconsejaría que optaras mejor por una de las latas de refresco cerradas, a menos que quieras arriesgarte a comprobar qué efectos tendrá sobre tu organismo humano lo que sea que huele a hierbas en ese líquido. —La profunda voz masculina se deslizó por sus sentidos como los aterciopelados filamentos de una pluma y le provocó un

estremecimiento que viajó por su columna vertebral.

«No puede ser. ¿Cael?».

Belén se giró sobresaltada para verificar que no estaba sufriendo una alucinación, pero no, ahí estaba, sonriendo relajado al abrir una lata de refresco para verterlo en un vaso como si estuviera en su casa y lo hiciera a diario. Su primer impulso fue tocarlo con el fin de comprobar que era real, el segundo, darse a la fuga, a pesar de que por experiencias pasadas había aprendido que no existía manera de escabullirse de él. No hizo ninguna de las dos cosas. Se obligó a mantenerse quieta.

—¿Qué haces aquí?

—¿Qué haces *tú* aquí? —repitió como si ella tuviera vetada la entrada a aquella mansión.

Cael le quitó el vaso que tenía en su mano, lo sustituyó por el nuevo y le apretó los dedos alrededor. Incapaz de enfrentarse a la intensidad de

su escrutinio, Belén leyó la marca de la lata que dejó encima de la mesa y fingió una mueca.

—¿Crees que hinchándome con calorías líquidas conseguirás que me ofrezca como tu aperitivo? —espetó con más aspereza de la que pretendía, si bien estaba aliviada de que no se le notara la impresión que le acababa de causar su aparición.

Las oscuras cejas de Cael se fruncieron en confusión y un destello de enfado cruzó los ojos verdes, causando que las motitas marrones adquirieran el extraño tinte dorado que tanto la fascinaba. Apenas un instante después la expresión del rostro masculino volvió a relajarse.

—Gracias, ya he cenado. Ahora bien, si quieres ofrecerte de postre... ya estás al corriente de que hay tentaciones a las que soy incapaz de resistirme —le respondió con un guiño.

Ella no pudo evitar la sensación ácida que sus palabras despertaron en su estómago. ¿Ya la había

sustituido por otra de las numerosas mujeres de su corte? No era como si no se hubiera percatado de cómo le perseguían y se ofrecían a él, aun así, ¿no se suponía que eso de que ella fuera su *shangrile* debería haber tenido un significado especial y que él debería haberle sido fiel y todo ese rollo romántico y eterno que solía hallar en los libros de fantasía paranormal que le había dado por leer últimamente? Quiso preguntarle si estaba seguro de que ella era su *shangrile*. Anabel le había confesado en alguna ocasión la extraña conexión que había establecido con Azrael, algo que por muy fogosos y apasionados que fueran sus encuentros con Cael, nunca le había pasado con él.

Después de abrir la boca la volvió a cerrar. No pensaba darle el gusto de informarle de que ella no era la mujer de sus sueños. Podía preguntarle a Laura durante la próxima ocasión en que hablaran por teléfono y descartar esa opción. Laura no era

muy dada a hablar de sus intimidades, pero sí le contestaría una pregunta directa y concreta.

Soltó el vaso lleno en la mesa y escogió un refresco sin calorías.

—¿Qué parte de «ya no soy tu esclava sexual» no has entendido aún?

Para reforzar su rebelión bebió de la lata. Era una actitud un tanto infantil, pero ninguna de las damas de su corte se hubiera atrevido a cometer semejante sacrilegio en su presencia hizo que valiera la pena. Los ojos de Cael se convirtieron en dos finas ranuras.

—¿Alguna vez te he obligado a atenderme o alimentarme como lo habría tenido que hacer una esclava? —Su voz estuvo teñida de frialdad a pesar de que la mantuvo baja—. Creo que te pagué, y muy bien de hecho, por tus servicios.

Ella sintió cómo la sangre desaparecía de su rostro. Era cierto, había pagado por todas y cada una de las veces que habían estado juntos, llevaba

la prueba en su bolso, sin embargo, eso no significaba que tuviera que echárselo en cara o que ella quisiera que se lo recordaran.

—¿Acaso es culpa mía que no fueras capaz de imponer tus derechos, ni de seducirme como cualquier hombre corriente hubiera hecho? —se mofó, incluso al ser consciente de lo afortunada que había sido de que no la obligara ni violara durante aquel tiempo como habría sido su potestad según los estándares de su cultura.

Por el modo en que los labios de Cael se habían apretado en una línea recta, que se sacudía con un abrupto tic, fue fácil adivinar que estaba luchando por no enseñarle los colmillos en público. Ella alzó la barbilla y le mantuvo la mirada sin cederle ni un ápice de tregua. No podía asustarla. Lo conocía. Era demasiado prudente como para arriesgarse a hacerle nada en público.

—¿Estás segura de que hubieras preferido que hiciera eso? —le preguntó Cael con un tono tan

suave que a ella se le puso la piel de gallina—. Siempre estamos a tiempo de remediarlo, ¿no?

Él le quitó el refresco de la mano y lo dejó encima de la mesa antes de arrastrarla consigo.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —siseó airada, aunque lo siguió a fin de procurar no llamar la atención más de lo que ya lo hacían.

Sorprendida, notó que Cael había sustituido su clásica camisa suelta por una camiseta y que, además, de vestir unos vaqueros, iba de negro desde la punta de los brillantes zapatos hasta el cuello, al igual que el resto de los comensales. ¿Cómo habían llegado a invitarlo a aquella fiesta? Ella ni siquiera se lo había podido imaginar en ropa moderna hasta aquel instante; tenía que admitir que la manera en la que la fina tela de algodón se ajustaba a los músculos de su espalda o cómo los vaqueros conseguían destacar su trasero algo respingón resultaban tan distractoras como

cualquiera de los magníficos desnudos que había presenciado en el pasado.

—¿Sacarte a bailar? —indagó como si no acabaran de empezar una discusión.

—¿Y desde cuándo un aristócrata medieval sabe bailar *kizomba*? —se burló ella por lo bajo sin encubrir su sarcasmo cuando le permitió que la llevara al centro de la zona donde ya estaban bailando otras parejas.

—Para empezar, no soy un noble medieval, solo uno perteneciente a otra cultura, por otro lado, llevo siglos visitando tu mundo, lo que en teoría me convierte en un experto en los usos y costumbres humanos.

Ella no pudo evitar imaginarlo en la Edad de Piedra cubierto por un vestidito de pieles que le llegaba apenas a la altura de los muslos. En cuanto Cael comenzó a gruñir, advirtió que había bajado su pantalla mental y que él le estaba leyendo la mente. Su primera reacción fue la de proteger sus

pensamientos, pero se impuso su parte vengativa. ¿Quería averiguar lo que pensaba? ¡Pues pensamientos le iba a dar!

Dejando su mente desprotegida, conjeturó a un Cael de la época de Cromañón soltando sonidos de chimpancé con la intención de comunicarse y rascándose las axilas para luego olerse los dedos.

—Siento decepcionarte, aun no soy tan viejo como para... haber experimentado el crecimiento y avance de los humanos en aquellas fases tan primarias —le espetó Cael entre dientes como si le costara todo su control no alzar la voz.

Solo porque podía, Belén se despidió del hombre de Cromañón imaginándoselo mientras se alejaba andando entre hierbas altas que se le metían por debajo de su faldita de pieles, azotándole sus partes más recónditas al tiempo que hormigas gigantes aprovechaban para...

—No seas infantil —la amonestó Cael al poner los ojos en blanco y sacudir la cabeza, como si de repente se le hubiera pasado toda la irritación.

Ella frunció los labios. ¿Cómo conseguía pasar con tanta rapidez de estar enfadado a divertido? Incapaz de dejarse vencer sin más, probó con otra escena.

—¿Qué tal esta? —Belén le regaló una sonrisa torcida al crear en su mente la imagen de un Cael un tanto afeminado, con toga griega, corona de laureles, inclinado y con el trasero en pompa que le dirigía un incitante vistazo por encima del hombro mientras parpadeaba de manera exagerada con sus larguísimas pestañas.

Cael arqueó una ceja, le colocó una mano en la cintura para acercarla a él.

—No viví la época dorada de la Grecia clásica.

—Vaya, qué lástima —se mofó ella sin oponerse a que le cogiera las manos para colocárselas sobre sus hombros.

—¿Lástima? ¿Te habría gustado verme con otros hombres?

Por su tono peligroso, ella adivinó enseguida que por el bien de su salud mental era preferible negar y cambiar de tema, pero, como la abeja que se siente atraída por la miel, no pudo resistirse a satisfacer su curiosidad.

—¿Has estado con otros hombres? —Ni ella misma pudo oír su voz bajo la estrepitosa música.

En el rostro masculino se dibujó una lenta sonrisa al inclinarse hacia su oído.

—¿Te atreves a viajar a la antigua Roma? Abre tu mente para mí —la presionó con tono seductor al comenzar a dirigirla al ritmo de la canción.

Ella asintió hipnotizada. No hubo una decisión consciente por parte de ella, si bien no importó. Sus sentidos y su consciencia se inundaron del sonido de espadas chocando, de respiraciones forzadas y jadeos, del olor a nardo que se entremezclaba con el del sudor y el aire denso, difícil de respirar,

saturado por el vapor de agua y el aroma a hierbas. Apenas tuvo oportunidad de fijarse en las fantásticas columnas y lo que parecía una reducida piscina en el centro de la oscura estancia, o en el lánguido juego de luces y sombras proyectado por las lámparas de aceite que colgaban de opulentos pies de bronce. Un musculoso soldado usó su estupefacción para golpearle el escudo en ese instante. El estruendo del impacto vibró a través de ella y el hombre carcajeó victorioso ante su jadeo.

Un nuevo resuello se le escapó en cuanto se topó con la imagen borrosa de Cael en una enorme bandeja de cobre apoyada en una pared. ¡Estaba dentro de Cael y presenciaba lo que él veía! ¿Eran recuerdos de su pasado? ¡Debería haberlo imaginado! Todo parecía tan real, tan... Devolvió el golpe de espada y se defendió contra su atacante con el corazón acelerado y sin apenas aliento.

¿Por qué la había traído Cael a este punto de sus memorias? ¿Era su castigo por haberse metido

con él mostrándole una versión afeminada de sí mismo? ¿Trataba de meterle miedo y hacerla pasar un mal rato? ¿O pretendía mostrarle qué clase de hombres le gustaban? El soldado se quitó el casco y lo tiró de forma descuidada sobre un banco para secarse la sudorosa frente con el antebrazo y apartar algunos mechones empapados del rostro. Aunque no era guapo en el sentido moderno, tenía un aura de determinación y fiereza que resultaba tan atractiva como sexi. Con un grito, Belén consiguió inclinarse justo un segundo antes de que la espada de su contrincante dejara una hendidura en la columna de piedra en lugar de en su hombro.

«¡Concéntrate!».

No era como si no fuera consciente de que quien estaba luchando era Cael y no ella, pero resultaba demasiado real y cercano como para no verse afectada por la tensión del momento. La adrenalina corría por sus venas, sus músculos y extremidades se impulsaban con firmeza con la

intención de imprimir cada embestida, cada estocada de potencia y decisión por ganar.

Por un instante, cuando su espada salió volando por el aire, temió que aquello sería su fin, pero antes de que pasara un parpadeo, se encontró a la espalda del rubio sujetando una daga contra su cuello. Rígido, el hombre alzó los brazos y dejó caer su arma y su escudo dándose por vencido.

Se tropezó con la mirada de Cael a través de la brillante bandeja de bronce y tuvo la impresión de que estaba observándola a pesar de que se hallaban en una época en la que aún no se conocían. ¿Estaba manipulando sus recuerdos para ella? Los labios de Cael se curvaron mostrando sus largos colmillos en una sonrisa victoriosa al empujar al otro contra una columna, obligándolo a sujetarse a ella. Con apenas unos cortes deshizo las tiras de cuero con las que se sujetaba la armadura del soldado y la dejó caer al suelo.

La sensación de triunfo y poder se entremezcló con la adrenalina y la anticipación, una mezcla explosiva que la recorría con fiereza. Apartó la daga del cuello masculino. El cautivo permaneció quieto, su respiración alterada fue lo único que dejó entrever que era consciente de cómo se deslizaba la hoja de acero por su muslo desnudo, alzándole la ropa en el proceso.

Cael no parecía tener prisas por reclamar su premio y ambos se recrearon en el magnetismo sexual de la situación cuando los fuertes dedos del que fue su contrincante se apretaron contra la dura piedra preparándose para su rendición final.

—¡Shhh! —la calmó Cael devolviendo a Belén de golpe al presente.

Ella miró confundida a su alrededor, sus manos seguían temblando y sus piernas apenas la sostenían.

—¿Qué...? Tú...

—Estabas tan metida en los recuerdos que empezaste a actuar como si tu cuerpo estuviera en el pasado y, aunque no me habría importado que intentaras montarme y morderme, no creo que apreciaras descubrir luego que lo hiciste ante una sala llena de testigos.

Belén gimió en cuanto el significado real de lo que implicaba entró en su conciencia y un bochornoso calor invadió sus mejillas. Cael la estrechó a él y la guio al son de la música a través de la pista de baile hasta que ella comenzó a relajarse contra su musculoso torso. Pese a ello, las imágenes de lo que acababa de presenciar se repetían como un bucle en su mente.

—¿Lo violaste? —le demandó incapaz de reprimir su preocupación en cuanto comenzó a analizarlo desde un punto de vista más alejado.

—No. Adriano podría haberse rebelado en cualquier instante. Intuía cómo acabaría la lucha

incluso antes de empezar, y no fue la última ocasión en la que estuvimos juntos.

—Pero... —Belén se mordió los labios, insegura de cómo explicar la impresión y el cúmulo de sentimientos que había recibido.

—¿Sí? —Cael los giró y le permitió distanciarse un poco de él.

—Lo que sentías en aquella situación... Lo que yo sentía a través de ti... No había un... ¿cómo definirlo? Sé que era deseo sexual, sin embargo no era un deseo como el que... —Se detuvo. Había estado a punto de soltar: «como el que suelo sentir por ti».

—¿Te refieres a que más que un deseo por follar o hacer el amor lo que sentía era la excitación y el morbo de dominarlo a nivel sexual?

—Sí, exacto.

Cael asintió.

—Debes partir del hecho de que en aquella época y cultura las relaciones entre varones no

estaban consideradas del mismo modo que en la época actual. Los hombres romanos fueron educados en la bisexualidad, las relaciones entre ellos eran vistas ante todo como una herramienta de poder y dominio sobre otros. Yo aún era joven entonces y supongo que la mentalidad de aquel periodo dejó su huella en mí. Nunca me llamaron la atención los hombres como objeto de deseo sexual, sin embargo, me excitaba la idea del poder que implicaba que se sometieran a mí.

—¿Y eso ha cambiado a lo largo de los años?

—No. ¿Te repele que sea así? —La intensa mirada de Cael no la abandonó hasta que ella negó con la cabeza—. ¿Te ha excitado verme con otro hombre?

Le habría gustado negarlo, incluso negárselo a sí misma. No era normal que la excitara, aun así, la humedad entre sus muslos lo desmentía y por experiencia le constaba que él conseguía oler su estado real por mucho que tratara de desmentirlo.

—¿Cómo puedo opinar si no sé qué pasó a continuación?

Los labios de Cael se estiraron hacia un lado. Se inclinó hacia ella.

—Algún día te dejaré compartir mis recuerdos, esos y muchos más, si te ves capaz de aceptar que la moral con la que te educaron no es la que ha marcado mi vida.

La morbosa necesidad de preguntarle acerca de esas experiencias se vio acallada por la desagradable sensación de que él la juzgara demasiado conservadora y humana como para llegar a entenderlo.

—Ya veo que eres un experto en civilizaciones —replicó sin poder ocultar del todo la acidez en su tono—. ¿Y esa es tu finalidad al aprender los bailes de cada época?

—Bailar es una habilidad social inestimable tanto para pasar desapercibido como... para otros

menesteres —aseguró Cael tras un diminuto titubeo.

—O sea para ligar —lo acusó separándose de él.

Cael frunció el ceño.

—Un hombre de mi estatus y nivel social no liga, seduce.

—Si crees que contonearte sin pisarle los pies a tu pareja de baile es lo único que necesitas hacer para seducirla, vas de culo —resopló ella, pese a que su interior tembló con un cosquilleo.

—¿Segura?

—¿No he sido lo bastante clara? —Belén alzó la barbilla y le mantuvo la mirada aunque él entrecerró los párpados.

—En ese caso, será un honor demostrarte mis dotes de bailarín, siempre que a ti no te importe llamar un poco más la atención del público.

Belén bufó. ¿Más de lo que ya lo estaban haciendo? Por ella que saliera el sol por Antequera. Estaba dispuesta a hacer el ridículo delante de todo el mundo con tal de dejar al descubierto sus estúpidas presunciones. Lo conocía, había sido durante meses su esclava y amante. Lo había estudiado, observado y espiado, y cada uno de sus gestos y decisiones reflejaba su educación y costumbres rancias y elitistas. Quizás por eso le había resultado tan sorprendente descubrir que había mantenido relaciones sexuales con otros hombres o que estuviera dispuesto a vestirse según la moda actual.

Iba a dejar que se pusiera en evidencia y luego, si Irene seguía sin aparecer, escaparía. Si Neva y Cael se habían presentado la misma noche, significaba que pretendían secuestrarla de nuevo. No pensaba dejarles que se salieran con la suya. No en esta ocasión, no cuando estaba a punto de cumplir el anhelo de su vida.

Noa Xireau

Capítulo 3

Cael arqueó las cejas al ofrecerle su mano. Incapaz de resistirse al reto en sus pupilas, Belén aceptó. En cuanto sus palmas entraron en contacto, el calor ascendió por su brazo hasta inundarla. La atrajo a él y usó su pierna para abrirse paso entre sus muslos. Sus torsos apenas se tocaron, sin embargo, eso no impidió que un irresistible y sensual magnetismo la mantuviera unida a él. Podía sentirlo con cada molécula de su ser al mecerla despacio, seguro de sí mismo, y ella siguió su paso y su ritmo, ondulando las caderas al ritmo de la sensual *kizomba*.

No le quedó más remedio que tragarse su sarcasmo. Cael le demostró que no había exagerado. Sabía lo que se hacía y lo hacía mejor que ningún otro hombre con el que hubiera salido antes. No bailaba, le hacía el amor al son de la música, guiándola no solo con sus movimientos,

sino con los sentidos, despertando su sensualidad y su deseo, en tanto que sus ojos la mantenían en un estado hipnótico en el que él se había convertido en el centro de su universo, haciéndola olvidar su trifulca anterior.

—¿Cael?

Él la giró en su abrazo, dejándola de espaldas a él. Con la mano sobre su bajo vientre la apretó contra su firme cuerpo.

—¿Cuándo volverás? —canturreó Cael la letra de la canción en un susurro ronco que viajó por debajo de su piel.

¿Pretendía que regresara con él? ¿A su dimensión? Era una opción que quedaba descartada. No quería ni iba a regresar a un mundo en el que él poseía todo el poder y ella valía menos que el aire que respiraba; eso no significaba que no pudiera ceder al capricho de disfrutar de su seducción.

Se relajó contra él cuando ambos ondularon las caderas y una más que evidente erección se presionó contra sus nalgas. Cael le alzó el brazo hasta colocarlo detrás de su cuello, consiguiendo que ambos quedaran pegados el uno al otro en toda su extensión.

Los recuerdos de las veces que habían hecho el amor desde atrás, con sus cuerpos sudorosos pegados, invadieron su memoria. Como si el universo conspirara contra ella y su escasa voluntad, la música cambió a un ritmo más lento, aunque no menos voluptuoso.

En cuanto los labios de Cael descendieron por su cuello, la gente a su alrededor desapareció de su consciencia y ella curvó su espalda empujando la pelvis hacia atrás, arrancándole un gemido que reverberó a través de su vientre.

—No deberías estar aquí —murmuró ella.

—Estoy justo donde quiero y debo estar. —
Cael la giró hacia él y deslizó su mano por la espalda

hasta dejarla posada sobre su trasero, guiando su siguiente balanceo de cadera.

Fue el turno de Belén de gemir, al frotarse contra el fuerte muslo ubicado entre sus piernas. ¡Dios! ¡A este paso iba a acabar muerta por combustión instantánea! Era incapaz de determinar si se había vuelto más sensible durante las últimas semanas sin él o si su memoria era defectuosa, pero las sensaciones y el anhelo que recordaba de sus encuentros palidecían en comparación con el momento actual.

Se dejó guiar por sus expertos pasos a través de la sala, sin detenerse en ningún instante y sin frenar la excitante seducción en la que sus cuerpos se rozaban de forma incitante.

Sus terminaciones nerviosas se volvieron tan sensitivas que hasta el aleteo de una mariposa la habría hecho jadear con desesperación y agonía. No necesitaba tocarse para adivinar que sus pezones despuntaban duros e hinchados bajo la camiseta, ni

tampoco comprobar que su ropa interior estaba empapada.

No advirtió que habían abandonado la sala de baile y que se encontraban en un recoveco entre pasillos, hasta que Cael se detuvo y abrió una puerta.

—¡Fuera! —rugió con frialdad.

Belén arqueó una ceja al asomarse por el costado de Cael y descubrir a un chico en el suntuoso y elegante cuarto de baño, que trataba de subirse los pantalones de manera precipitada. Su novia, más colorada que un tomate, se levantó apresurada del suelo limpiándose la barbilla y labios húmedos.

Cael esperó a que ambos huyeran como si les hubieran puesto una pistola en la sien, tiró de Belén y cerró la puerta tras ellos.

—¿Te parece bonito lo que acabas de hacer? — Ella se cruzó de brazos y observó cómo él aseguró

el pestillo, si bien tuvo que morderse la parte interna de la mejilla para no reír.

¿En serio acababan de echar a una parejita con la intención de hacer lo mismo que ellos? Se sentía como una adolescente a punto de cometer una travesura.

—¿Nunca te enseñaron que las personas mayores tienen preferencia? —Cael alzó una ceja mientras sus ojos brillaban divertidos.

A ella se le escapó un bufido.

—¿Debería compadecerte por ser un tatarabuelo?

—Compadecerme no, pero podrías cuidarme y tratarme con un poco más de delicadeza —propuso Cael con una sonrisa pícara.

—A ver si lo adivino... ¿Esperas que me arrodille como esa chica para servirte y... *cuidarte*?

—Belén arqueó a su vez la ceja.

Cael avanzó un paso en su dirección, de forma tan lenta e intencionada que consiguió que su respiración se detuviera expectante.

—¿Y perderme la oportunidad de saborearte y perderme en ti? —Cael cabeceó—. Se me ocurren opciones mejores.

Indecisa, lo detuvo con una mano contra el pecho. Estaba segura de lo que quería, no obstante, la poca cordura que aún conservaba la advertía de que debería pensárselo antes de cometer una locura de la que podía acabar arrepintiéndose.

—¡Quieto ahí!

Cael apretó la mandíbula.

—No te preocupes, no me he olvidado de tu precio —masculló con un destello de ira en sus ojos verdes al rebuscar en el bolsillo de su pantalón, para acto seguido cogerle la mano con la que lo mantenía a raya y deslizarle un anillo en el dedo.

Cuando comprendió que le estaba pagando por sus nuevos «servicios», estuvo a punto de

arrancarse el anillo y lanzárselo a la cara, pero en cuanto atisbó los tonos rojizos que reflejaba la piedra verde bajo la luz del tubo fluorescente, la contempló hechizada.

—¡Es una alejandrita!

—¿Importa? —Cael encogió los hombros con indiferencia, aunque no dejó de estudiarla bajo una máscara indescifrable.

Belén se mordió los labios. Podía sentir las vibraciones de la piedra y una energía llena de optimismo y seguridad extenderse a través de ella. Estaba acostumbrada a que las piedras le provocaran ese tipo de reacciones, pese a que era raro que lo hicieran con tanta claridad y fuerza. No quería renunciar a aquella piedra, del mismo modo que tampoco quería perderse aquel momento con Cael. Sería su última oportunidad de estar con él, porque iba a asegurarse de que no volvieran a tropezarse. Dejó la bandolera entre el grifo y el espejo y se puso de puntillas para mirarlo de frente.

«Te deseo». No necesitó decirlo en voz alta. La expresión de victoria en las pupilas masculinas le confirmó que lo había captado. Decidido, Cael la cogió por la cintura, la sentó sobre la encimera de mármol del lavabo e inclinó la cabeza. Sus labios se encontraron. El hambre por él borró las últimas dudas acerca de si debería acceder a lo que hacían. Lo deseaba. No, no lo deseaba, ¡lo necesitaba! Había echado de menos sentirse tan mujer y tan deseada como en aquel instante. Ahora era una mujer libre con derecho a elegir lo que quería, y lo quería a él. ¡Ahora! ¡Dentro de ella!

Lo empujó para alejarlo de ella. Cael parpadeó confundido cuando se bajó de la encimera, si bien su expresión se transfiguró en cuanto ella le dio la espalda y lo contempló decidida a través del espejo al abrirse los botones del vaquero y deslizarlos por sus caderas.

—Quiero verlo mientras lo hacemos.

Los labios masculinos se curvaron.

—Tus deseos son órdenes, pelirroja. —Cael se pegó a su espalda y le retiró los rizos del cuello—. ¿Suave y lento?

Abrió los ojos horrorizada, su vientre traidor se contrajo ante la idea. Suave y lento implicaba sentimientos. Había tentaciones que ella no podía permitirse. No con Cael, quizás con nadie. No, prefería al Cael salvaje y descontrolado al que había aprendido a manejar y al que era capaz de abandonar sin consideración. «O casi sin consideración», le recordó una vocecita desde algún rincón oscuro de su mente.

—¿Ahora te volviste tonto y manso, chupasangre? —lo retó con todo el desprecio con el que pudo impregnar su voz.

Los ojos de Cael se entrecerraron, aunque no lo suficiente como para ocultar la manera en que las motitas marrones se habían tornado doradas.

—Me pregunto qué es lo que me ha provocado echar de menos a una bruja malhablada como tú,

pero supongo que ambos conocemos algunos buenos motivos para que lo hiciera, ¿cierto? —Cael le bajó el escote del top de tirantes de un tirón y liberó sus pechos de las copas del sujetador—. Para ser una maldita arpía, tus tetas son la obsesión de cualquier hombre, ya sea de sangre fría o caliente.

Belén ignoró la desagradable punzada que le causaron sus palabras. Ese era el Cael cabrón al que sabía cómo enfrentarse, el Cael con el que podía convivir sin enamorarse. Fascinada, observó cómo los elegantes dedos masculinos alzaron sus pechos como si quisiera pesarlos. Cuando sus pulgares e índices se deslizaron hacia sus pezones, Belén se tensó expectante para lo que venía a continuación. Sus párpados se cerraron y su espalda se arqueó contra él cuando los pellizó sin delicadeza, la mezcla de placer y dolor viajó desde las sensibles puntas hasta su vientre. Él era el único capaz de convertir la tortuosa agonía en lujuria y **goce hasta hacerla rogar por más.**

—Sí, siempre fuiste un nene de pecho, creo que eso me quedó claro —soltó Belén del modo más helado del que fue capaz a pesar de que ardía por dentro.

Al abrir los ojos, la mueca de Cael dejó entrever sus colmillos ahora extendidos.

—Dudo mucho que haya algo que sepas a las claras acerca de mí. Me alegra que aún nos quede tiempo para conseguir que las descubras.

Antes de que pudiera protestar y aclararle que no habría ningún tiempo para nada en lo que les concernía a ellos dos, Cael la había empujado contra el lavabo, abierto ambas piernas y obligado a arquear la espalda.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —le preguntó cuando cortó las tiras del tanga con sus garras y arrojó los restos a la papelera.

—¿Tú qué crees?

Quizás hubiera protestado o tratado de mandarlo a la mierda si no hubiera sido porque él

desapareció del reflejo del espejo, separó sus nalgas y hundió su lengua en ella, arrancándole un largo gemido. Belén se agarró al grifo como si fuera su salvavidas.

«¡Cael!».

Su mente y cuerpo se colmaron de una sensual voluptuosidad, no dejando cabida para nada más, la lengua masculina se encargó de ello al explorarla en lo más íntimo de su feminidad, estirándose hasta alcanzar con su punta la sensible cima de su clítoris y alternando el suave aleteo sobre el duro centro de nervios con las incursiones duras y exigentes en su interior.

Ella apenas se reconoció en la sensual mujer que la contemplaba desde el reflejo del espejo con pupilas dilatadas y los sensuales labios entreabiertos al tiempo que sus generosos pechos desnudos bamboleaban con suavidad. Apartó el rostro. No quería enfrentarse a esa mujer ni a la vulnerabilidad que detectó en sus pupilas.

Uno de los pulgares de Cael se volvió atrevido al esparcir la resbaladiza humedad entre sus nalgas, en tanto que su lengua seguía robándole la capacidad de raciocinio. Sintió cómo la delicada roseta se contraía bajo el ligero toque de sus dedos. No presionó para explorarla con más profundidad, pero a ella le bastó para que acabara de lanzarla más allá del precipicio. Se mordió los antebrazos para acallar los gritos cuando los músculos de su vientre se contrajeron y la ola de placer barrió a través de ella.

Sin esperar a que pudiera recuperarse, Cael se incorporó, se quitó la camiseta por encima de la cabeza y, sin más preámbulos, se sumergió en ella. Belén tuvo que buscar sujeción para no estamparse contra el espejo. No se molestó en cerrar los labios, había aprendido cuánto le ponía oír sus gritos y contemplarla con la boca abierta. Tampoco intentó frenar el rítmico vaivén de sus pechos con cada estocada. Dudaba mucho que él se hubiera tomado

el tiempo de quitarse la camiseta si no hubiera sido por ella. No, el muy cabrón había notado cómo la ponía observar el movimiento de sus músculos cuando estaban en plena faena y la provocaba con eso. Lo mínimo que ella podía hacer como contraprestación era ofrecerle el mismo aliciente, ofreciéndole una espléndida panorámica del balanceo de sus pechos. Pese a que tuvo que confesarse que sus motivos para hacerlo eran puramente egoístas: quería que perdiera el control, quería que lo perdiera dentro de ella, quería que lo hiciera por ella y quería que lo hiciera ya.

La pareja en el espejo no era perfecta ni de lejos. Ella era demasiado robusta y generosa, según los estándares modernos, y un largo tatuaje de espinas trenzadas con capullos de rosas —cortesía de Neva durante su cautiverio— le cubría la que una vez fue solo una fea cicatriz sobre su bajo vientre. Él, por su parte, era excesivamente pálido para ser elegido modelo de ropa deportiva. Aun así, nadie

podría haber negado lo sexis que se veían a través del reflejo.

Cael se inclinó sobre ella y la rodeó con un brazo, hasta alcanzar uno de sus pezones. Con la otra mano se abrió un hueco entre sus muslos. Ambos se sostuvieron la mirada a través del reflejo con un brillo febril en sus pupilas.

—¡Hazlo! —le ordenó, necesitando desesperada el alivio al exceso de placer.

Los colmillos de Cael se hundieron en el hueco de su garganta y, con el efímero dolor, llegó un delicioso placer que atravesó sus venas como una corriente y la hizo explotar en millones de diminutas partículas luminosas. En cuanto la última de las minúsculas luces se extinguió, Cael le lamió los restos de sangre de su cuello y, con la mano sobre la cicatriz, dejó caer su frente encima de su hombro, exhausto.

Ambos se mantuvieron inertes, centrados en recuperar el aliento. Los músculos de ella seguían

contrayéndose de rato en rato alrededor de la erección que continuaba pulsando en su interior. Belén evitó mirarlo. ¿Cómo había podido vivir sin aquello durante todas las semanas que habían estado separados? ¿Cómo viviría con el conocimiento de que no volvería a sentirse así en el futuro? Tomó aire y sacó de su cabeza la idea de que pudieran llegar a un acuerdo por el que consiguieran pasar algún tiempo juntos. Cael no era lo que ella necesitaba. «¡Mentirosa!». Ni ella era lo que buscaba él.

—¿Te quitas de encima? Me estoy clavando el borde de la encimera —se quejó con estudiada insensibilidad.

Casi gimió cuando él se incorporó y se deslizó fuera de ella, dejando atrás una inmensa sensación de vacío. Cael cogió un rollo de papel higiénico y, tras arrancar un trozo para él, se lo pasó.

—Deberíamos irnos. No me gusta este sitio —
le propuso Cael al limpiarse y subirse los
pantalones.

Belén arqueó una ceja en cuanto se cerró el
botón del vaquero.

—¿Qué te hace creer que pienso ir contigo a
ningún sitio?

Cael se puso la camiseta antes de responder:

—¿No es costumbre entre los humanos
fumarse un cigarro o tomarse un café juntos
después de echar un buen polvo?

A Belén le habría gustado tirarle un ladrillo a la
frente, aunque tuvo que conformarse con achuchar
el rollo de papel higiénico en su mano. ¿Un buen
polvo? Eso era lo único que había sido para él.
Debería haberlo sospechado. ¡¿Cómo demonios se
le había ocurrido acostarse de nuevo con él
conociendo la clase de cretino que era?!

—Tú lo has dicho, tras un buen polvo. No tengo
claro que un polvo rápido en un cuarto de baño que

se usa de matadero durante las fiestas califique tan alto.

Cael tensó la mandíbula.

—Recuérdame que en la próxima ocasión no pare hasta que me ruegues que lo haga.

—Pues sí que debe de ser un buen polvo uno en el que esté deseando que termines —carcajeó ella con sequedad.

—No has cambiado ni un ápice. Sigues siendo la misma arpía desagradable de siempre —constató Cael con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Habló el cabrón misógino que necesita convertir a una mujer en esclava sexual con el fin de presumir de machito.

—Aquello fue una lamentable confusión, ya os lo explicamos.

—Aquello fue una realidad creada por vuestras mentes enfermizas.

Cael abrió la boca como si quisiera replicarle, pero al final optó por cerrarla y girar el grifo para lavarse las manos. Ella no conseguía creerse que pudiera hacerlo con tanta parsimonia.

—Si cambias de opinión, estoy fuera a unos treinta metros a la derecha de la salida, en el deportivo rojo de los cristales tintados.

—¡Ja! Ya puedes sentarte a espe... —Belén contempló boquiabierta la ventana abierta por la que había saltado Cael—. ¡Será cabrón!

Pese a que se precipitó hasta la ventana, al asomarse, el estrecho patio interior al que daba ya se hallaba desierto.

«¡Se ha ido! ¡Se ha largado y se ha ido, así, sin más!».

Belén regresó incrédula al espejo. El enfado dio paso a la sensación de abandono y soledad. Cael acababa de usarla y dejarla tirada como si hubieran hecho poco más que compartir un saludo. ¿Quién dijo aquello de que un vampiro no podía vivir sin su

shangrile y que se ponían enfermos si no la tenían cerca o la perdían? Neva debía de haberse confundido en su caso, afirmando que ella era la *shangrile* de Cael, su pareja de sangre. Resultaba más que evidente que él no sentía por ella más que una efímera atracción física.

Alguien llamó a la puerta. «¡Mierda, ya lo que faltaba! Quizás Cael tuviera razón y era mejor que se marchara. Su encuentro la había puesto demasiado nerviosa. Fracasar en la negociación que la esperaba era un lujo que no podía permitirse. La cuestión era... ¿podría arriesgarse a atrasarla?

Los golpes en la puerta se volvieron más exigentes. «¡Dios!».

—¡Ya voy! Un momentito. —Belén se cepilló el pelo revuelto con los dedos procurando tapar las diminutas incisiones en su cuello, que ya estaban cicatrizando, y se limpió unas gotitas de sangre que se habían secado encima de su piel. Fue el instante en el que su vista cayó sobre su escote—. ¡Será

cabrón, hijo de puta! Me ha robado el colgante. ¡Oh Dios! —murmuró al no localizar el bolso. Buscó frenética a su alrededor, sobre la encimera de mármol, en el suelo y por todos lados. El corazón le latía a mil por hora, el temblor se irradió desde sus manos al resto del cuerpo y en su garganta comenzó a crecer un nudo ciclópeo—. ¡Se ha llevado el bolso con las joyas!

¡Se lo había llevado todo, todo excepto el anillo con el que la había pagado hoy! Furiosa se quitó el anillo y lo guardó en el bolsillo del vaquero.

«Haré que pagues por esto, maldito cabrón».

—¡He dicho que ya voy! —gritó irritada ante el nuevo golpeteo en la puerta.

Apoyándose en la encimera con ambas manos, cerró los párpados e inspiró, tratando de calmarse. De nada le servía salir hecha una furia. Necesitaba controlarse y actuar con racionalidad; tenía que encontrar una excusa aceptable para los dueños de la casa volvieran a recibirla y que estuvieran

dispuestos a negociar con ella. Pensaba recuperar sus joyas, pero, si fracasaba, le quedaban las que había dejado en su casa. Ya no tendría la misma capacidad económica, serían suficientes si...

Sus ojos se abrieron de golpe cuando la puerta se abrió con un estruendo y algunas lascas de madera cayeron en el lavabo, solo para tropezarse en el espejo con una imagen que la congeló en el sitio.

—Hola, princesita. ¿Debo decir que es una delicia coincidir de nuevo? —le preguntó una voz femenina cargada de un sarcasmo dulzón.

Su terror apenas le permitió ver el reflejo de la mujer como una mancha borrosa en el espejo. Lo único que Belén pudo identificar con claridad fueron los duros ojos llenos de odio y los inmensos colmillos extendidos.

«¡Andrea!».

Capítulo 4

Mientras tamborileaba impaciente sobre el volante, Cael no perdió de vista la entrada a la casa palacio. El flujo de invitados que se marchaban estaba decreciendo y la calle iba quedándose desierta, pero Belén seguía dentro. Odiaba esa sensación de no poder sentirla a través de aquellos gruesos muros a pesar de tenerla tan cerca.

Había supuesto que en cuanto descubriera que le había quitado el bolso, iría flechada tras él. Parecía haberse equivocado. ¿Tan convencida estaba de que se quedaría esperándola que ni siquiera hizo el intento de seguirlo? ¿O era tanto el desprecio que le causaba que prefería perder las alhajas a tener que enfrentarse con él? No, no lo creía. Su comportamiento en el aseo no era como si le hubiera dado asco precisamente; había comprobado que era orgullosa y cabezona como

ella sola, aquellas joyas siempre habían sido lo más valioso para ella.

Resopló con amargura y se pasó los dedos por el cabello. Le habría gustado que alguna vez lo hubiera tocado con la misma admiración y reverencia con la que solía acariciar aquellas piedras. Parecían tan valiosas para ella que incluso, en alguna ocasión, la había descubierto durmiendo agarrada a una de ellas bajo la almohada, como si eso ayudara a calmarla y a darle seguridad.

¿Sería consciente de que él elegía aquellas gemas entre las más hermosas que existían en su dimensión? ¿Que, incluso, a veces, había ido él mismo a buscarlas con tal de conseguir ese brillo de felicidad que le iluminaba el rostro al ponérselas?

Estudió la abultada bandolera tirada en el asiento del pasajero. Poco a poco una oscura comprensión invadió su consciencia. Metió la mano y cogió un puñado de joyas. Maldijo al observarlas. ¡¿Cómo había podido ser tan estúpido de no

comprenderlo antes?! ¡Ella las había llevado a ese sitio con la intención de venderlas! No eran las gemas en sí lo que le importaba a Belén, ni que él las hubiera elegido, trabajado, pulido y dado forma pensando en ella. Donde él había querido hacerla feliz y realzar su belleza a fin de que toda la corte pudiera admirarla, ella siempre las había visto como un mero artículo de pago que planificaba vender a la primera oportunidad. Las piedras rechinaron unas contra otras al apretar el puño. ¡Había sido un maldito idiota!

Era su *shangrile*, su pareja de sangre. Se había preguntado miles de veces cómo era posible que entre todas las mujeres el destino le hubiera elegido a una arpía pelirroja, avariciosa y fría como el hielo, y no pudo hacer otra cosa que preguntarse lo mismo una vez más. Sospechaba que ella jamás iba a agradecerle todos los regalos que le hacía y que nunca valoraría que le regalara las alhajas más caras y preciosas de la corte, pese a que tenía el

derecho a coger de ella lo que quisiera sin ofrecerle nada a cambio —al menos, hasta que Neva le informó que no era, ni jamás había sido, una esclava sexual—, pero, aun así, no había esperado que fuera a vender sus presentes y entregarlos a sangre fría a manos ajenas. Y esa era la única explicación que tenía para el hecho de que ella llevara esa cantidad de joyas encima. Le costó todo su control no estampar el bolso contra la luna del coche.

Después de los meses que habían pasado juntos seguía sin entenderla. Había pensado que la admiración en sus ojos había significado que le gustaban, si bien comenzaba a comprender que lo único que había visto era el valor económico, no la belleza ni la intención que se escondían tras sus regalos.

En cuanto salió el último grupo de invitados de la casa palacio y el portón se cerró tras ellos, Cael apretó los dientes. ¿Dónde demonios estaba Belén?

De repente, la puerta del coche se abrió de golpe. Cael reaccionó de manera automática lanzándose encima de la oscura silueta que trataba de cogerle por el cuello. Demasiado tarde se percató de que era su hermano, quien lo arrojó de modo violento encima del capó para mantenerlo sujeto allí. Cael procuró serenarse.

—Maldito hijo de perra. ¡Me engañaste! Eras consciente de que yo también tenía que ir a por mi pareja y, en lugar de llegar a un acuerdo conmigo, te largaste sin más dejándome a mí la responsabilidad de no dejar a Azrael y a su nueva familia desprotegida —siseó Malael furioso mientras sus dedos se apretaban alrededor de su cuello.

Sin apartarle las manos, Cael invirtió su posición al coger impulso y empujar a Malael contra uno de los robustos muros de piedra. La nueva posición le concedió unos segundos de respiro, si

bien no evitó que se sintiera culpable al pensar en su hermano, el rey, su esposa humana y su bebé.

—Ya era hora de que saliéramos en busca de nuestras *shangriles* para llevarlas de regreso. Nuestra princesa se encuentra bien y el reino está estable. Azrael puede apañárselas unos días sin mí.

—No se trata de ti, maldito capullo, sino de que Neva sigue con Zadquiel retenido y de que Rafael ha desaparecido. Tú y yo éramos los únicos que quedábamos. Es nuestra responsabilidad que uno de nosotros permanezca siempre acompañando al rey y a su familia.

—¿Y entonces qué haces aquí? —espetó Cael.

Mael le mostró los colmillos extendidos, le practicó una llave doblándole el brazo en la espalda y se giró para estamparlo contra el muro.

—La pregunta es: ¿qué haces tú aquí? —gruñó Mael.

—¿Acaso no es obvio? Perseguir a mi *shangrile*.

—Cael lanzó la cabeza hacia atrás, cosechando un

gemido adolorido de Malael al impactar contra su pómulo y el tiempo suficiente para lograr que se distanciara un paso y librarse del agarre que tenía sobre su brazo.

—¿Y por qué no avisaste y lo echaste a suertes conmigo? Habría sido lo más justo para determinar quién tenía el derecho de ir el primero a por su mujer —masculló Malael dirigiéndole un rechazazo a su cara.

—La mujer de Azrael dejó claro que la tuya regresaría a la dimensión. A ti te basta con esperarla allí —replicó Cael doblándose hacia atrás para escapar del golpe.

—¿Y qué? Eso no significa que tenga que dejar pasar siglos a que eso ocurra.

Siendo una humana, lo de los siglos era a todas luces una exageración, si bien al reconocer la angustia y la humillación en los ojos de Malael, a Cael se le pasó el enfado y dejó de luchar. Soltó un

jadeo ante el impacto del férreo puño de su hermano en su estómago.

—Tuve el presentimiento de que la mía estaba en peligro —confesó sujetándose la parte lastimada.

—¿Qué? —Mael se incorporó y dejó caer los puños—. Pensé que no consumaste la conexión.

Cael cabeceó.

—No lo hice, pero está claro que la sangre que he tomado de ella me permite sentirla cada vez que está muy alterada.

Mael asintió y retrocedió un paso. Tras arreglarse la camisa y la chaqueta, estudió con gesto grave el enorme edificio en el que seguía Belén.

—Esa es la central de los magos que nos atacaron.

—Lo sé. Estuve interrogando a algunos de los guardias que Rafael apostó para mantener la vigilancia. Creen que está cociéndose algo —explicó

Cael frotándose la zona del cuello en la que los dedos fantasmas de Malael parecían seguir incrustados.

—¿Has contemplado la posibilidad de que tu pelirroja esté implicada? Puede que no fuera casualidad que desapareciera la misma madrugada en la que nos atacaron los magos.

—La tuya desapareció con ella. ¿También crees que pueda estar implicada en el ataque? —le replicó Cael malhumorado.

Malael apretó la mandíbula.

—No es una opción que descarte. Estamos siguiendo las pistas que dejó.

Cael suspiró.

—Espero que no lo sean, ninguna de las dos. Belén estaba atemorizada cuando la encontré, no debería haberlo estado si los magos forman parte de sus amistades.

Malael señaló las joyas derramadas por el coche.

—¿Y esas alhajas? ¿Por qué iba a traerse esa cantidad para una fiesta? ¿No podría ser que tratara de ayudar a la financiación de la secta? ¿O que quizás pretendiera comprarse una posición en la cúspide de la organización?

—Es una posibilidad. —Una que Cael prefería no contemplar. Apretó los puños. No quería creer que fuera posible. No podía aceptarlo. Si fuera cierto...

—Si consideras que está en peligro, ¿por qué no la has sacado ya de allí? —continuó Malael.

Cael se pasó la mano por el cabello.

—Estuve con ella y estaba bien. Creí que le había puesto un señuelo para que saliera por sí misma, pero me equivoqué. Supongo que debería haberme tragado el orgullo y haber ido a buscarla y sacarla por la fuerza, en especial, porque no soy capaz de sentirla a través de esos muros.

Malael asintió, sin dejar de contemplar el antiguo edificio con el ceño fruncido.

—Son listos, no solo disponen de la última tecnología de inhibidores radioeléctricos, sino que también usan pantallas mágicas para protegerse y mantener la confidencialidad del interior. Lo que me hace plantearme cómo conseguiste acceder sin que saltaran todas las alarmas.

—Usé a una chica para que me invitara a entrar con ella, eso rompió la barrera mágica que me impedía el paso. Dedujo que por ir vestido de negro era uno de los suyos.

—¿Usaste tus armas de seducción con otra mientras tu *shangrile* estaba en los alrededores? — Malael enarcó sus cejas—. ¿Tenías ganas de que te sacara los ojos de las órbitas? No concibo a tu fiera pelirroja quedándose cruzada de brazos si te pesca con otra.

—No me vio, ni hice nada de lo que arrepentirme, además, a ella le importa un bledo lo que haga con otra —gruñó Cael.

—Tal vez, o tal vez no. —Malael movió la cabeza y se cruzó de brazos—. Si quieres recuperarla, yo procuraría no jugármela tan tontamente. Lo que me lleva de regreso a la cuestión inicial: ¿por qué no la has sacado aún de allí?

Cael encogió los hombros.

—No lo sé. Por idiota, supongo. Es mi *shangrile*. Quería que me siguiera por voluntad propia. En parte por mi estúpido orgullo masculino, y por otro, porque considero que es hora de que hagamos las cosas bien. Bastante hemos metido ya la pata.

Malael se masajeó el puente de la nariz.

—Te comprendo.

—Prometo que voy a darme toda la prisa que pueda y que, en cuanto la tenga sana y salva en Palacio, podrás ir a por la tuya —le prometió Cael.

—Te doy tres días. Si no lo has conseguido para entonces, será mi turno. Y no es una negociación.

Me las trae sin cuidado si tengo que ordenarles a los hombres que la cojan y encarcelen en Palacio. Es tu problema de cómo te las apañes luego para calmarla y lograr que te perdone.

Cael abrió los ojos espantado.

—¿Tres días para seducirla y que regrese conmigo? ¿Te has vuelto loco? ¿Tienes idea de lo terca que es? ¡No puede ni verme! ¡Y menos tras haberle quitado las...! —Cael alzó las manos ante la mirada asesina de Malael—. Vale, vale. Conseguiré que me perdone en esos tres días —masculló preguntándose cómo iba a conseguir en tan poco tiempo algo que había sido incapaz de lograr en meses.

—Tengo que regresar junto a Azrael. No me gusta dejarlo solo. —Malael estudió con rostro preocupado el firmamento nocturno—. ¿Y no crees que deberías empezar a espabilarte si quieres ir a por ella? El amanecer esta cercano.

Cael siguió la dirección de su mirada. Malael tenía razón. En cuestión de una hora, o menos, habría amanecido.

—Esperaré a la salida del sol. Si es una emboscada, no creo que estén alertas después del amanecer. Dudo mucho que sepan que soy de los pocos de nuestra especie capaces de salir de día.

—Si esperas al amanecer, los guardias que tenemos apostados no podrán ayudarte —lo avisó Malael.

Cael asintió.

—Lo sé. De todos modos, no hay mucho que puedan hacer. No pueden irrumpir sin poner en marcha todas las alarmas y eso solo la pondría en peligro. No te preocupes por mí. Estaré bien.

Malael asintió y le plantó una mano en el hombro.

—Ten cuidado, hermano. Sé lo que ella significa para ti, pero apenas la conocemos y ya sabes los resultados que arrojaron las

investigaciones. No te dejes cegar por el vínculo que te une a ella.

—No lo haré —le aseguró Cael con más firmeza de la que sentía.

—¿Qué harás si es una de ellos?

—Me la llevaré por la fuerza... —Cael alzó la vista y contempló las estrellas—. Si es una traidora y no tiene remedio seré yo mismo quien acabe con ella.

Mael le apretó el hombro.

—Cuidate, hermano, y no dudes en pedir ayuda si la necesitas.

Cael observó cómo desaparecía entre las sombras y echó un último vistazo a la casa palacio, donde se apagaban las luces tras las cortinas.

Belén seguía dentro y la cuenta atrás había comenzado.

[Seguir leyendo...](#)

El Cuento del Lobo



¿Quién podría haberle avisado de que un simple baile, joyas y gemas preciosas podrían cambiar todo su futuro... de nuevo?

A Belén nunca le había gustado el cuento de Caperucita Roja, de hecho, lo odiaba. Estaba hasta las narices de que la compararan con una niñata tonta y caprichosa con capa solo por tener el cabello cobrizo. Era huérfana, las flores le producían alergia y ver un lobo de lejos la habría hecho salir huyendo o sacar una escopeta para matarlo. Probablemente, lo segundo, porque si algo había aprendido de su secuestro en la otra dimensión era que cualquier cosa era posible, y solo Dios sabía en

qué más podía convertirse una de esas bestias peludas con colmillos y ojos luminosos.

Puede que, si no le hubiera tenido tanta tirria al dichoso cuento de Caperucita, se hubiera dado cuenta del mensaje que escondía: «No te desvíes de tu camino y ve derecho a tu destino»; pero ya era tarde para eso. Solo ella podía acabar encerrada en la celda de un apestoso sótano con un chucho gruñón como única compañía, en tanto que sus sueños seguían siendo invadidos noche tras noche por el único hombre capaz de convertir el odio en la pasión más desenfrenada y el desdén, en pura necesidad.

Puedes reservarlo en este link:

<http://bit.ly/ElCuentoDelLobo>

Noa Xireau

**¿QUIERES TENER EL CUENTO DEL LOBO
EN PAPEL?**



**Envíame un mensaje a este correo
noa@noaxireau.com y te diré como obtenerlo.**